

James D. G. DUNN, *Did the First Christians Worship Jesus? The New Testament Evidence* (Westminster John Knox Press; London-Louisville, KY 2010). viii + 168 pp.. ISBN: 978-0-281-05928-7.

Este interesante ensayo debe situarse en el marco del debate suscitado por los trabajos de Larry W. Hurtado, Richard J. Bauckham y otros (Horbury, McGrath, Casey, etc) acerca de la temprana devoción a Jesús (Hurtado) y del reconocimiento de su identidad divina (Bauckham). James Dunn piensa que esta importante cuestión no ha sido suficientemente aclarada y, debido a ello, necesita seguir siendo estudiada. En su opinión, el culto (devoción, adoración, etc) a Jesús puede ser una clave importante para aclarar cuál fue la actitud de los primeros cristianos hacia él y en qué forma esta actitud modificó el monoteísmo judío dando lugar a la imagen (trinitaria) de Dios que profesa el Cristianismo. Este es el tema que el libro aborda en cuatro capítulos, tratando de responder a una serie de cuestiones que se enumeran al final de la introducción.

El primer capítulo estudia el lenguaje del culto. Un análisis paciente y perseverante del vocabulario permite extraer ya importantes conclusiones. La primera de ellas es que, en el NT, este lenguaje se aplica sobre todo y principalmente a Dios. Dios es el principal objeto de la adoración, reconocimiento, bendición, alabanza, etc de los primeros cristianos. Sólo en algunos casos este vocabulario se aplica a Jesús, pero lo característico del culto cristiano es que tiene lugar “a través de Jesucristo” o “en (nombre de) Jesucristo”. Jesús es, hasta cierto punto, objeto de culto, pero es, sobre todo, quien hace posible el culto a Dios.

Sobre este fundamento sólido del análisis del vocabulario se construye el segundo capítulo, en el que el autor estudia la práctica del culto. Las prácticas culturales de los primeros cristianos eran semejantes a las de otros grupos religiosos. Consistían en oraciones, himnos, banquetes sagrados, etc. Pero, al mismo tiempo, su culto era peculiar, porque carecían de templo, sacerdotes y sacrificios, que era el rasgo más característico del culto antiguo. Jesús tenía un lugar central en este nuevo culto, pues la oración, la súplica, la alabanza, etc. se dirigía a Dios a través de él. Él era el único templo y el único sacerdote. Aunque algunas plegarias se dirigían directamente a él, lo más común es que él actuara como mediador en el culto a Dios. Partiendo de esta observación y de las conclusiones del capítulo precedente, Dunn sugiere que tal vez sería conveniente reformular el interrogante inicial y preguntarse si, entre los primeros cristianos, era posible dar culto a Dios sin Jesús o al margen de él.

El capítulo tercero hace avanzar la investigación estudiando el papel que tenían los mediadores celestes y los agentes divinos en el Judaísmo. Es este un capítulo extremadamente interesante, que comienza haciendo algunas precisiones acerca del monoteísmo judío en tiempos de Jesús. Desde su primera formulación, el monoteísmo en Israel había evolucionado y no había dejado de buscar el modo de hacer presente/inmanente lo trascendente (el Dios completamente otro). La literatura de la época testimonia un interés enorme por las diversas formas de mediación; tanto de aquellas que tenían su origen en Dios, como los ángeles, el Espíritu de Dios, la Sabiduría de Dios, la Palabra de Dios, como la de los seres humanos exaltados que, desde abajo, hacían posible la relación con el Dios trascendente. De esta forma, el Judaísmo habría preparado el camino para el “binitarismo” cristiano. Al igual que otros autores (p.e. Daniel Boyarin, cuyos trabajos sobre el origen del *Logos* joánico merecerían haber sido citados), Dunn insiste en la importancia del trasfondo judío de estas formulaciones y relativiza la novedad del Cristianismo en este punto.

El cuarto capítulo, que es el más extenso, evoca (probablemente, de forma intencionada) el título del libro de Larry Hurtado: “Señor Jesucristo”. Es aquí, de hecho, donde matiza, a partir de su estudio sobre el culto a Jesús, las conclusiones de este y otros trabajos de dicho autor, así como la propuesta de Richard Bauckham sobre el uso del término “identidad” para definir la condición divina de Jesús. Comienza observando que Jesús fue monoteísta, es decir, reconoció a Dios de Israel como el único Dios. Pero, al mismo tiempo, tanto sus palabras como su actuación transmiten a impresión de una cercanía desconocida, y sus discípulos experimentaron una nueva forma de relacionarse con Dios a través de él. En segundo lugar, analiza la confesión postpascual “Jesús es Señor”, mostrando que algunos pasajes, que en el AT se aplicaban a Dios, ahora se aplican a Jesús; analiza también algunos textos clave (1 Cor 8, 6; 15, 24-28), en los que se precisa la relación de Dios con Jesús en cuanto Señor. En tercer lugar, estudia cómo se aplicaban a Jesús las categorías que en el Judaísmo expresaban o manifestaban la inmanencia de Dios: Logos, Sabiduría, Espíritu; la novedad del Cristianismo no consistió en el desarrollo de estas diversas formas de mediación, sino en la identificación de Jesús como el único mediador. De este modo, los primeros cristianos reconocían que el único Dios se había manifestado a través de él y que el verdadero culto era el que se le daba por medio de Jesús. Lugar aparte, en esta investigación, merece el libro del Apocalipsis, pues es en él donde más claramente se habla de un culto a Jesús, aunque para evaluar el significado de estas afirmaciones es necesario tener en cuenta que su lenguaje es simbólico e hiperbólico. En sexto lugar se estudian los pasajes en los que a Jesús se le llama expresamente “Dios” (Rom 9, 5; Tit 2,1 3; Mt 1, 23). En todos ellos se le asigna a Jesús un estatus divino, pero sin que quede modificada la unicidad de la soberanía divina. Por último, se estudian los títulos en los que se aplican a Jesús los títulos de los seres humanos exaltados: Hijo del hombre, último Adán, etc.

La conclusión del libro hace un balance de los principales resultados del estudio, pero, sobre todo, trata de dar una respuesta a la pregunta inicial. En palabras del autor, “nuestra pregunta central puede ser ciertamente respondida negativamente, y tal vez debería ser respondida así. Pero no, si el resultado fuera un culto menos adecuado a Dios. Pues el culto que realmente constituye al Cristianismo y define su contribución específica al diálogo entre las religiones, es el culto a Dios hecho posible por Jesús, el culto al Dios revelado en y a través de Jesús”. El Cristianismo sigue siendo una fe monoteísta, pero en ella Jesús ocupa un lugar único y, por tanto, “no puede dejar de estar presente en su culto, sus himnos de alabanza, sus peticiones a Dios” (151).

En su brevedad, este ensayo es una aportación significativa al debate sobre el proceso a través del cual se fue configurando la imagen cristiana de Dios en los primeros años del Cristianismo. Se le podría objetar que no ha tenido en cuenta suficientemente el testimonio de los evangelios sinópticos, testigos privilegiados del progresivo descubrimiento de la condición divina de Jesús. Pero este es un detalle menor. Lo sustancial de este estudio, el replanteamiento que hace de la cuestión de Dios en el Cristianismo naciente a partir del culto tributado a Jesús, es una cuestión importante y de gran actualidad. Por eso, hay que agradecerle a James Dunn que haya intervenido en este debate para ilustrarnos y estimularnos como lo ha hecho tantas veces, a lo largo de su dilatada carrera académica, con la claridad y hondura que caracterizan a sus escritos.

*Santiago Guijarro*